

Contestación de Antonio Pereira a Francisco Pino

SEÑORES ACADÉMICOS,

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES y AMIGOS TODOS:

Si se cumplen las esperanzas y los deseos de quienes formamos la nómina inicial de la Academia Castellano-Leonesa de la Poesía. Estaremos viviendo en este 13 de marzo de 1998 una ocasión que será recordada. Con buen sentido (acabáis de comprobar el acierto), se pensó en Francisco Pino para que en nombre de la naciente Corporación pronunciase el discurso de su recepción pública, que es también la de todos nosotros. Y con la misma representación colectiva, ha sido quien ahora os habla el comisionado para la contestación que determinan nuestros Estatutos.

Francisco Pino es un seductor. Bien sé que la Real Academia Española otorga la primacía en la definición de "seducir" al hecho transitivo de "engañar con arte y maña; persuadir suavemente al mal". Naturalmente, todos habréis entendido que me refiero al poeta en la segunda y no menos ortodoxa acepción del verbo: "Embargar o cautivar el ánimo." Hay criaturas de Dios -- de Dios y de la Poesía -que parecen haber venido al mundo para conquistar con la palabra y el gesto, por mucho que parezcan esconderse en la intimidad de sus pinares. Y no tiene por qué sonar como peyorativa la idea de que el poeta es un embaucador, si aceptamos con Coleridge que la poesía es "la suspensión voluntaria y momentánea de la incredulidad."

Porque, ¿qué otra cosa hay, sino una captación de nuestra ánima en la trayectoria vital y poética de Pino? Su poder de conquista proviene en gran parte --pienso yo -- de la fuerza de juventud que conlleva todo inconformismo. Nuestro poeta ha estado siempre a bien con la poesía, pero siempre, también, ha vivido pugnaz frente a su contexto ceremonial e incluso frente al poema:

"Sé que viví tan sólo de adversarios", nos ha confesado en sus propios versos, y en cierto modo nos lo ha vuelto a decir en el discurso que acabamos de oírle. Ni adversarios ni enemigos es fácil imaginarle a Pino en el ámbito personal, por esto hay que pensar que el poeta alude a su permanente opción agonista: la del camino no

trillado, la de la solución menos fácil para conformar su sentimiento. Él mismo nos habla confesado su credo:

verdadero poeta
es aquél que fracaso tras fracaso
contempla y ve su cara lodo en fango
y sonrío.

Pero yo no sé, señores académicos, si estoy cumpliendo como es debido lo que tradiciones y reglamentos mandan para estos casos. Nuestra Institución es nueva, en esta sesión constituyente todo es nuevo y a estreno. Parece que la contestación a un discurso de ingreso debe ser el elogio del recipiendario, y también un diálogo entablado con el compañero recién llegado a la Casa. Pero yo no estoy seguro de saber dialogar con Francisco Pino. Al discurso de nuestro recipiendario insignia, "Del sentimiento de Academia en los poetas", yo sólo sé responder confesándome beneficiario de unas nutridas reflexiones que tampoco para los demás quedarán perdidas, destinadas como están a la permanencia y al magisterio.

Gracias, excelentísimo señor don Francisco Pino -- Paco Pino, diría, si no estuviéramos de tiros largos -- por este regalo que has hecho a la poesía en su dimensión universal. Y naturalmente, se lo haces a Castilla y León. La actual entidad que se llama Castilla y León es una comunidad extensa, que veremos tanto mejor trabada cuanto más se repartan por toda ella los bienes materiales y los del espíritu. La voz de la recién nacida Academia Castellano-Leonesa de la Poesía resuena en esta tarde junto a las orillas del Pisuerga, pero no menos deberá transcurrir por otras riberas: las escapadas del Duratón o las suaves y románticas del Sil que cantara Gil y Carrasco. Queremos que el pan caliente de la poesía sea partido y repartido en Fontiveros y en Villafranca del Bierzo, en las poblaciones de tráfico creciente pero también en esas ciudades de intimidad afortunada Astorga o Ciudad Rodrigo, El Burgo de Osma que en expresión intencionada de Unamuno tienen obispo y no tienen gobernador civil -- delegado del Gobierno, habrá que decir ahora.

En resumen: Que la pereza no nos apoltrone, y que la burocracia no sujete una vocación que, como acaba de decirnos el maestro, nos acerca más al poeta humilde que al personaje con espadín.

De Francisco Pino, el poeta y el hombre, he dicho lo mejor que he sabido decir. Pero todos nosotros, los individuos numerarios que componemos esta Corporación, estamos siendo recibidos en el mismo acto en el seno de la Academia, y este es un

hecho que me obliga a extender mi trámite gustoso. El poeta Andrés Quintanilla ha trabajado sin tacañería en los andares previos -- muchos y esforzados-- que condujeron a esta culminación. En esas idas y venidas, a la hora de las cavilaciones y las ilusiones, estuvieron otros tres hombres de palabra y de honor: José María Fernández Nieto, paradigma ético y estético de la hombredad y patrón de la poesía palentina, el Carlos Frübeck que lleva a Burgos en los versos bien tallados y en el apellido, y en medio del "alto soto de torres" de Salamanca, el entusiasmo de poeta y jurista de José Ledesma Criado. Muy pronto la llamada inicial encontraría las adhesiones. Arcadio Pardo ha venido desde la universidad extranjera con la misma mirada adolescente de su primer libro en la colección Halcón. Antonio Piedra no tuvo que venir de ningún lejos, porque ya estaba, está siempre, con el regalo de su propia poesía y entregado a la poesía de los demás. Hablo de esos libros ajenos que Antonio conduce a feliz botadura, "barcas novas mandei lavar e noman as mandei deitar", como en versos lusitanos que se mecieran en la voz cálida de Amancio Prada.

Y la única, por ahora, señora académica, aquella "muchacha en el exilio" que es nuestra Teresa Barbero. En Salamanca, en La Losa de Segovia, en el mundo que no le es ni ancho ni ajeno, ha ganado el poeta amante de la noche que se llama Gonzalo Santonja. Y están bajo nuestro lema "... y pasaré los fuertes y fronteras"-- la juventud rompedora de Eduardo Fraile y de Javier Lostalé junto a la madurez aplomada de Claudio (hay nombres que son emblemas y no necesitan apellidos, pero digamos Claudio Rodríguez, pura formalidad del acto, y la voz desgarrada por las hoces y los días del zamorano Jesús Hilario Tundidor, y el fervor comunicante de Luis Anglada, un capitán que mantuvo mando y poesía en León

León he dicho, y era el tiempo que los historiadores llaman de la alta posguerra. En La Bañeza empezaba a alentar por aquel entonces una criatura cuyo destino manifiesto era la poesía más alta: Antonio Colinas Lobato. Otro leonés que ahora está entre nosotros, ni siquiera había nacido. En Villafranca le estaban haciendo sitio a Juan Carlos Mestre, pero aún habría que esperar una década hasta que nos llegase al padrón el nuevo ciudadano, cantor del otoño en el Valle del Bierzo.

Pero en los años 40 había en la capital del Antiguo Reino poetas hechos y derechos, con una influencia que desde las páginas de Espadaña se extendía a toda España y aún más allá de nuestras fronteras. Eugenio de Nora proclamaba la inocencia de la rosa, pero también escribía versos debeladores de cualquier clase de cadenas. A Victoriano Crémer -- "cabeza desbastada en piedra románica" -- se le vio y se le oyó, vaya si se le oyó, un día de junio de aquellos años en el Teatro Principal de la Ciudad. Quienes fuimos testigos, no hemos podido olvidar la temperatura de su intervención, el metal de su voz, la furia y paloma de su canto:

“Te necesito a ti, España, toda:

Con tus cantares de arrebató y muerte

y el seco abismo de tu pena.

•••••

Te necesito así:

entera

No España tuya o mía.

!España nuestra!"

Señores académicos: Esta ha sido mi contestación al discurso de ingreso que Francisco Pino ha pronunciado en representación de los 19 miembros con que cuenta la Academia en su paso primero, y 20 seríamos si el noble caballero que se llamó (y se llamará siempre) Francisco Javier Martín Abril no hubiera faltado a la cita por la más justificada de las causas. Todos los poetas de la Casa si la memoria no me ha sido traidora fueron citados por su nombre. Todos, menos uno. No seré injusto conmigo mismo hasta el punto de negarme lo más mío, me llamo Antonio Pereira, os doy las gracias sencillamente por confiarme el mandato y no alargaré mi intervención con tópicas expresiones de modestia. Camilo José Cela, contestando en la Española a José García Nieto, le dijo: "Adiós, querido compadre; aunque seáis académico, os considero y estimo de todo corazón." Porque sois y porque somos --esto lo digo yo -- académicos de la Castellano-Leonesa de la Poesía, os abrazo a todos y os doy fraternalmente la paz.

ANTONIO PEREIRA

